



Algunas observaciones litúrgicas y espirituales con relación a las medidas tomadas debido al COVID-19

1. Recordemos que el hecho de que no celebremos la Eucaristía con fieles no significa que la Eucaristía pierda su valor o su importancia. Todo lo contrario: *“toda celebración litúrgica, por ser obra de Cristo sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia, cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia”* (SC 7); *“Por tanto, de la Liturgia, sobre todo de la Eucaristía, mana hacia nosotros la gracia como de su fuente y se obtiene con la máxima eficacia aquella santificación de los hombres en Cristo y aquella glorificación de Dios, a la cual las demás obras de la Iglesia tienden como a su fin”* (SC 10).
2. *“Los sacerdotes, teniendo siempre presente que en el misterio del Sacrificio eucarístico se realiza continuamente la obra de la redención, deben celebrarlo frecuentemente; es más, se recomienda encarecidamente la celebración diaria, la cual, aunque no pueda tenerse con asistencia de fieles, es una acción de Cristo y de la Iglesia, en cuya realización los sacerdotes cumplen su principal ministerio”* (CIC can 904).
3. El momento que estamos viviendo es una oportunidad para que los sacerdotes no nos cansemos de renovar nuestra manera de presidir y celebrar la Eucaristía. Podemos ser más conscientes del contenido de las oraciones litúrgicas, del significado de los gestos.
4. Puede ser muy útil en estos tiempos la forma de celebración de la Eucaristía con participación de un sólo ministro. La Ordenación General del Misal romano en los números 252-272 da las indicaciones celebrativas con respecto a esta forma (las colocamos al final de este documento).
5. La ausencia de los fieles nos hará valorar la importancia de la participación del Pueblo Santo de Dios. Es importante que, a través de los medios digitales, les expresemos a nuestros fieles que cuando celebramos la Eucaristía en privado los tenemos presentes en nuestra mente y en nuestro corazón, especialmente en la Plegaria Eucarística, en la mención de la Iglesia.

6. Muy seguramente en muchas parroquias se hará todo el esfuerzo por transmitir la Eucaristía por radio, televisión y redes sociales. Aprovechemos al máximo estos medios de comunicación. No podremos conformar una asamblea física, pero con la transmisión por Internet o por otros medios lograremos que aquellos que se encuentran dispersos en diferentes lugares estén unidos en la misma fe y en la misma experiencia celebrativa. (Que la preocupación por que funcionen las ayudas tecnológicas no nos distraiga en la celebración).
7. En cuanto a la celebración que se transmite, la ejecución de ritos, palabras y símbolos empleados debe ser cuidadosa, que *favorezca el decoro, de modo que, la simplicidad y la belleza*, lleven a una participación más activa y consciente. Se debe hacer la aclaración que la Eucaristía no es un espectáculo “para ser transmitido” sino una “celebración vivida por una comunidad cristiana”. Lo fundamental que se debe cuidar es que los que participan puedan **entrar en comunión con la palabra escuchada y con las oraciones**, así como **contemplar verdaderamente** el momento de la consagración y los demás símbolos.
8. También hay que explicar que las personas que participen de las celebraciones por estos medios de comunicación **deben concentrarse, disponerse totalmente**, desconectarse del celular y buscar un sitio adecuado en sus casas para sacar el mayor provecho espiritual. Que no caigan en ver la Santa Misa como si estuvieran viendo un programa más.
9. Es verdad que muchos fieles manifestarán su dolor por no poder participar de los sacramentos, pero hay que recordar que Dios sigue acompañandonos y dándonos su gracia a través de otros medios como los actos de piedad y la oración personal: “**Yo estaré con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo**” (Mt 28,20).
10. Con respecto al **sacramento de la reconciliación**, sabiendo que sólo se puede celebrar en un caso verdaderamente grave, es importante invitar a los fieles a hacer **un verdadero acto de contrición y arrepentimiento**, teniendo el firme propósito de acercarse a la confesión sacramental apenas se solucione esta situación excepcional (recordar la doctrina del *votum sacramenti*).

INSTRUCCIÓN GENERAL DEL MISAL ROMANO

MISA EN LA QUE SÓLO PARTICIPA UN MINISTRO

252. En la Misa celebrada por el sacerdote, a quien sólo un ministro asiste y le responde, obsérvese el rito de la Misa con pueblo (cfr. núms. 120-169); el ministro, según las circunstancias, dice las partes del pueblo.

253. Con todo, si el ministro es un diácono, él mismo cumplirá las funciones que le son propias (cfr. núms. 171-186) y además realizará las otras partes del pueblo.

254. No se celebre la Misa sin un ministro, o por lo menos algún fiel, a no ser por causa justa y razonable. **En este caso se omiten los saludos, las moniciones y la bendición al final de la Misa.**

255. Antes de la Misa se preparan los vasos necesarios en la credencia o sobre el altar al lado derecho.

Ritos iniciales

256. El sacerdote, se acerca al altar y, hecha inclinación profunda junto con el ministro, venera el altar con un beso y se dirige a la sede. Si el sacerdote quiere puede permanecer en el altar; en este caso, también el misal se prepara allí. Entonces el ministro o el sacerdote dice la antífona de entrada.

257. Después el sacerdote con el ministro, estando de pie, se signa con el signo de la cruz y dice *En el nombre del Padre*; vuelto hacia el ministro lo saluda, eligiendo una de las fórmulas propuestas.

258. En seguida se hace el acto penitencial, y, según las rúbricas, se dice el *Kyrie* y el *Gloria*.

259. Luego, con las manos juntas, dice: *Oremos*, y después de una pausa conveniente, dice, con las manos extendidas, la oración colecta. Al final, el ministro aclama: *Amén*.

Liturgia de la palabra

260. Las lecturas, en cuanto sea posible, se proclamarán desde el ambón o desde el facistol.

261. Dicha la colecta, el ministro hace la primera lectura y el salmo; y cuando corresponda, también hace la segunda lectura con el versículo para el *Aleluya* u otro canto.

262. Después, profundamente inclinado, el sacerdote dice: *Purifica mi corazón*, y en seguida lee el Evangelio. Al final dice: *Palabra del Señor*, a lo que el ministro responde: *Gloria a ti, Señor Jesús*. Después el sacerdote venera el libro con un beso, diciendo en secreto: *Las palabras del Evangelio borren nuestros pecados*.

263. En seguida, el sacerdote, segn las rúbricas, dice el Símbolo juntamente con el ministro.

264. Sigue la oración universal, que también puede decirse en esta Misa. El sacerdote introduce y concluye la oración, pero el ministro dice las intenciones.

Liturgia Eucarística

265. En la Liturgia Eucarística todo se hace como en la Misa con pueblo, excepto lo que sigue.

266. Terminada la aclamación al final del embolismo que sigue a la Oración del Señor, el sacerdote dice la oración *Señor Jesucristo, que dijiste*; y luego agrega: *La paz del Señor esté siempre con ustedes*, a lo que el ministro responde: *Y con tu espíritu*. Segn las circunstancias, el sacerdote da la paz al ministro.

267. En seguida, mientras dice con el ministro *Cordero de Dios*, el sacerdote parte la Hostia sobre la patena. Terminado el *Cordero de Dios*, hace la “inmixtién”, o sea la mezcla del Cuerpo y de la Sangre del Señor, diciendo en secreto: *El Cuerpo y la Sangre*.

268. Después de la “inmixtién”, es decir, la mezcla del Cuerpo y de la Sangre del Señor, el sacerdote dice en secreto la oración *Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo* o *Señor Jesucristo, la comunión de tu Cuerpo*; despues hace la genuflexión, toma la Hostia y, si el ministro recibe la Comunién, vuelto hacia él y teniendo la Hostia un poco elevada sobre la patena o sobre el cáliz, dice: *Este es el Cordero de Dios*, y con él agrega: *Señor, no soy digno*. En seguida, vuelto hacia el altar, sume el Cuerpo de Cristo. Pero si el ministro no recibe la Comunién, hecha la genuflexión, el sacerdote toma la Hostia y, vuelto hacia el altar, dice una sola vez en secreto: *Señor, no soy digno*, y *El Cuerpo de Cristo me guarde* y en seguida sume el Cuerpo de Cristo. Después toma el cáliz y dice en secreto: *La Sangre de Cristo me guarde* y bebe la Sangre.

269. Antes de dar la Comunién al ministro, el ministro, o el mismo sacerdote dicen la antífona de Comunién.

270. El sacerdote purifica el cáliz en la credencia o en el altar. Si se purifica el cáliz en el altar, puede ser llevado por el ministro a la credencia, o se deja a un lado del altar.

271. Terminada la purificación del cáliz, es conveniente que el sacerdote guarde un intervalo de silencio; en seguida dice la oración después de la Comunién.

Rito de conclusión

272. El rito de conclusión se cumple como en la Misa con pueblo, omitido el *Pueden ir en paz*. El sacerdote, como de costumbre, venera el altar con un beso, y, hecha inclinación profunda juntamente con el ministro, se retira.